

## Discurso del escultor José Luis Zorrilla de San Martín en la ceremonia de inauguración de la estatua de Artigas en la fachada de Casa Central el día 19 de junio de 1949

He esperado durante muchos años la ocasión de poder realizar, en el idioma de la forma plástica expresiva y con un destino de glorificación pública, la estatua del héroe que me enseñaron a amar desde la infancia, como la encarnación viva de nuestra Historia.

Pero mi larga espera no fue por suerte infecunda; fue una espera llena de realizaciones previas, de anhelos concretados en forma de esquemas y de estudios que se amontonaban a través del tiempo, llenando los rincones del taller agregando materiales para la obra futura que, estaba seguro se me daría oportunidad de realizar un día.

Ese día ha llegado, señores, y hoy tiene su luminosa culminación.

La oportunidad me llegó por manos jóvenes, impregnadas de una idea entusiasta: la de ofrendar al Banco de la República, en nombre de sus funcionarios de la Capital y de todo el País, una estatua de bronce para conmemorar su primer medio siglo de vida activa.

No sé hasta qué punto el entusiasmo de esas voluntades jóvenes ha contribuido a la realización de mi estatua, pero tengo una fe profunda en lo comunicativo del entusiasmo; en el sagrado contagio de ese misterioso fluido que se comunican las almas entre sí.

Y este Artigas de bronce es el resultado de aquella acumulación de elementos plásticos, conglomerados y unidos por esa onda entusiasta, que logró fundir en una sola cosa en el culto patrio, simbolizado en el Héroe sin tacha, y la gratitud de todos los que ofrecen esta obra a la institución a la que consagraron los años mejores de sus vidas.

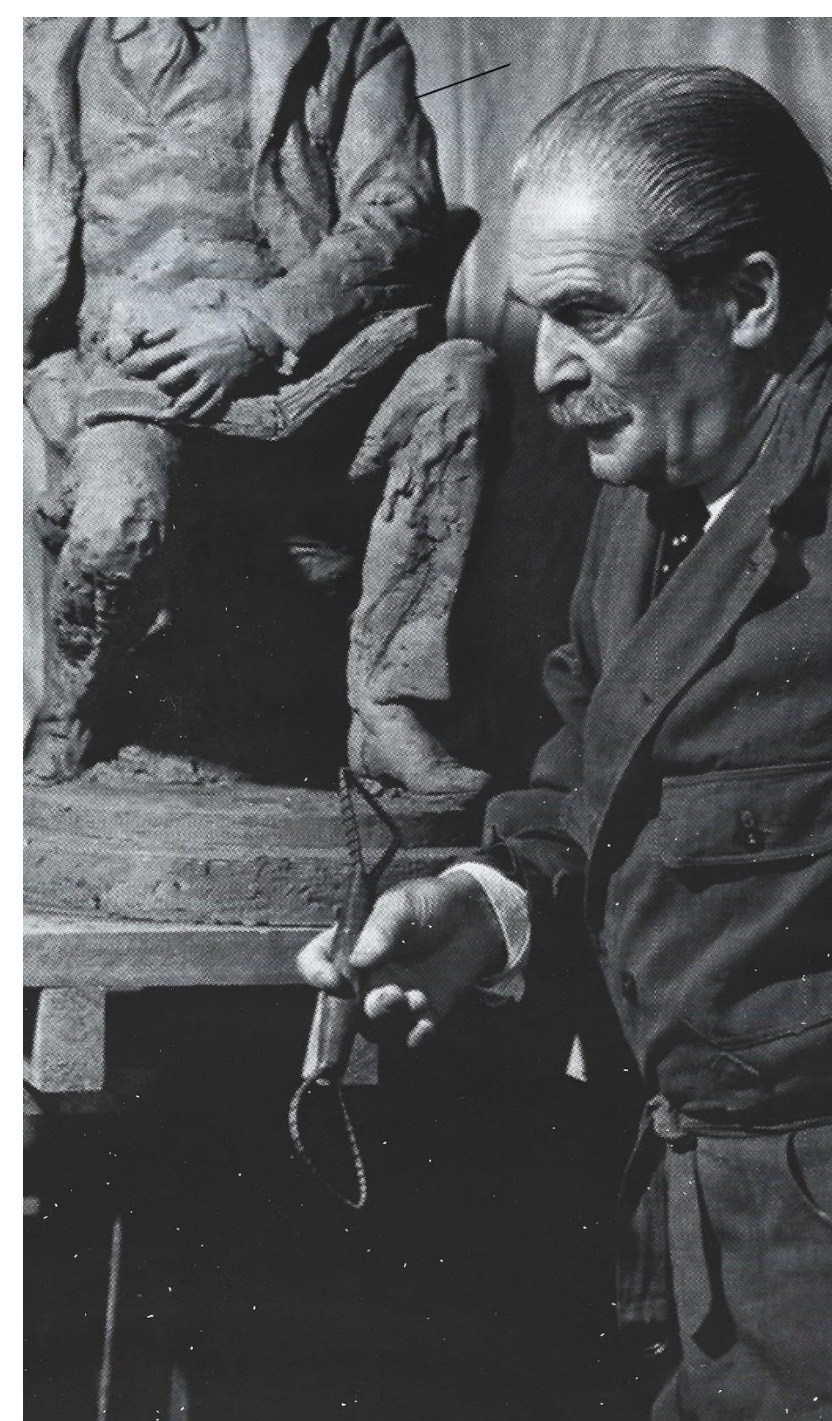
Pero yo estoy aquí, ocupando esta tribuna, sólo para contar algo sobre la forma en que nació esta estatua y esta es la razón que justifica la gran honra de poder hablar en este momento.

Debo pues, decir algo sobre el proceso que me llevó a plasmar esta versión poco conocida del aspecto de nuestro caudillo en traje civil, y que, desde ahora, incorporamos a su iconografía de glorificación.

Nosotros, los artistas plásticos, somos también protegidos de Clío, la noble Musa de la Historia, hija de Apolo.

Pues no está de más recordar que, no sólo es Historia el conocimiento de viejos legajos que tan celosamente se buscan en olvidados anaqueles o empolvadas petacas. Ni la ilación de los hechos que de ellos pueda deducirse; ni el resucitar los caracteres que a través de los mismos se descubran; ni el intuir el significado que de los hechos descubiertos o la acción de aquellos caracteres pueda colegirse; ni el Poema o el Cántico, conque la Lírica suele magnificar esos hechos o esos Héroe. Si no que también, son Historia, las formas plásticas, que a la luz de todo ello, puedan darnos la reconstrucción, en formas o imágenes de la vida pretérita: de sus hombres, de los sitios en que vivieron; de los campos que recorrió su vida trashumante; de las estrellas que iluminaron sus noches. Y este bronce, señores, quiere ser un pedazo de la Historia de nuestra tierra.





Siempre tomé como punto de partida para estas reconstrucciones del aspecto exterior del caudillo, el documento para mí, más fehaciente de todos: el único en realidad directo. El apunte tomado del natural en Asunción del Paraguay, por Demersay, dibujante de la expedición de Bompland, de aquel viejo octogenario, cuyas antiguas hazañas comentaba todavía el hermano pueblo paraguayo, y que atrajo la atención de los franceses.

Este pequeño dibujo que nos ha llegado a través de una litografía, como verdadera joya iconográfica, es lo que he tomado como base de toda mi investigación.

Dibujé, ante todo, en tamaño mayor que la litografía originaria, ese perfil de águila, -que nos es familiar desde la infancia, -del que saqué luego el frente, imaginándome el rotar de la cabeza sobre el cuello, hasta llegar a la perfecta concordancia entre uno y otro.

Sobre esa relativa pero aceptable seguridad, empecé a estructurar mi trabajo de investigación.

Calco sobre calco fui haciendo, en sentido inverso, algo de lo que el tiempo burila con mano invisible en el semblante de los hombres y que la experiencia nos enseña a los plásticos en el diario ejercicio de nuestro Arte, hecho sobre todo de observación del natural, hasta que el abuelo casi nonagenario se fue transformando poco a poco, a través de innumerables dibujos, en el fuerte viejo de 80 años, y en el de los 70, y en el hombre de los 60 hasta llegar a la plenitud de la preocupada altiva cabeza de la estatua, seria y un poco autoritaria en la que imaginé al hombre en la cúspide de su poder y en la tensión heroica de su empecinamiento de Libertad.

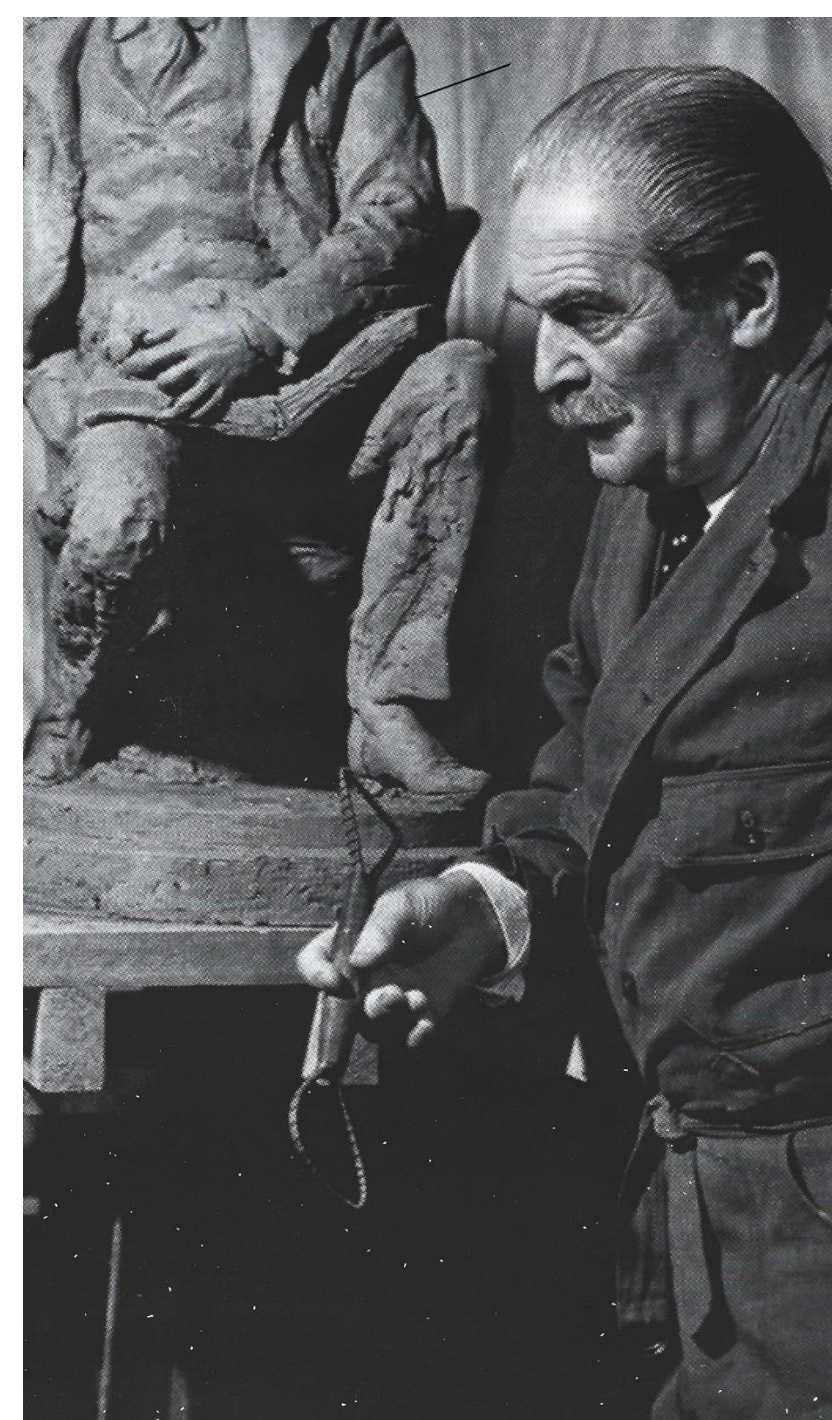
Pero quise seguirlo todavía y lo dibujé, posteriormente, en los períodos anteriores a ese momento culminante, y continué rejuveneciendo el rostro del cincuentón, hasta imaginarme la grave expresión del Capitán de blandengues, el de la Calera de las Huérfanas, y el del Alférez, ya endurecido, después de sus primeras campañas de policía fronteriza, y el del hijo del Cabildante rico, todavía adolescente, hasta llegar por fin al colegial que aprendió de los Frailes del Convento de San Francisco aquel sentido de Libertad que los hizo expulsar más tarde por los Godos, en la noche aquella desapacible, evocada por los pinceles de Diógenes Hequet.

En todo este largo proceso de estudio constructivo, tenía que haber, como es natural, una dosis muy apreciable de imaginación, pero sin la ayuda de esta alada potencia del espíritu, ¿hubieran nacido acaso las más grandes creaciones del ingenio humano?

Imaginar es casi crear, es decir: crear, es dar el ser a lo imaginado, a lo todavía no nacido, pero que ya existía en potencia; construirle una estructura viviente exterior, una forma capaz de hacerlo sensible a nuestros semejantes.

La creación en potencia es incorpórea, puro espíritu mientras viva en el asilo secreto del creador, pero adquiere al consustanciarse con los medios de que éste se vale, colores, formas, palabras o sonidos no articulados, vida imperecedera, vida independiente y autónoma, autoridad y potencia expresiva suficientes para hacerse entender y seguir existiendo en el tiempo y continuar transmitiéndonos, a través de los años y de las generaciones que pasan, aquel germen inmaterial que nació en la mente creadora y se hizo corpóreo para permanecer.





En este caso concreto de la reconstrucción artística del semblante de un héroe, de quien se tenía poca o ninguna documentación iconográfica, el primer anhelo del artista tenía que ser, naturalmente, el de imaginar el físico del hombre; tal como debió ser, tal como nos lo podemos representar por el reflejo de sus actos en la historia de su tiempo, tal como lo vemos a través de las descripciones de sus contemporáneos, tal como nos lo ha transmitido la tradición viva. Y tenemos, felizmente, innumerables elementos de esa índole para imaginarnos el físico de Artigas.

Ya lo han hecho muchos antes que yo, y algunos en forma excelsa, lo cual no quiere decir, por cierto, que no tratemos de expresar nosotros también nuestro mensaje, sobre todo cuando se trata de esa inmensa, creciente figura, cuya irradiación empieza recién a extenderse como un resplandor de admiración comprensiva, a medida que la ilumina la lámpara del conocimiento.

Fue siempre grande para nosotros, aunque no para todos, pero empieza a serlo para todos y en todo el haz del suelo americano.

El carácter de Artigas, su aspecto habitual de concentración, de cierto ensimismamiento, que tan bien condice con ese enigmático período final de su vida hecho de silencios; su evidente antipatía por todo lo que fuera gesticulación inútil, boato u ostentación; su sencillez y aparente modestia, tanto en el vestir como en la intachable austeridad de su vida; la sobriedad de sus gestos, son cosas que sabemos muy bien pues en ellas coinciden todos los que lo conocieron, aún aquellos que, como los prisioneros porteños de 1816, se le acercaron en el Ayuí, con el temor evidente de encontrar un tiranuelo y descubrieron en cambio, con asombro, al caballero sin tacha.

Todo esto que constituye el fondo espiritual de su carácter, es lo que me ha servido para la expresión, para reconstruir esa fijeza obsesionante que debió tener en los claros ojos; esa sensación de autoridad que se desprendía como un halo de toda persona y se condensaba en el rostro aquilino, bien plantado en el fuerte cuello, sobre el torso ligeramente cargado de espaldas. Hasta me atreví una vez en uno de mis dibujos, a imaginar su sonrisa.

. Aquel hombre que – según se dice- nunca nadie oyó reír a carcajadas, debió sonreír, sin embargo, alguna vez.

A través de la fuerte urdimbre de su temperamento, irrigado por sangre aragonesa, había en él un fondo de bondad que se manifestó en muchas ocasiones, en su preocupación por el niño, el desvalido o el enfermo, y que iluminó sin duda, alguna que otra vez, la dura máscara aguileña del gran taciturno.

Pero entre todos mis estudios había también una pequeña novedad de indumentaria que es la que me dio la clave original de esta obra, y que me atrevo a hacer notar en estas breves palabras.

Tanto en el cuadro “Mare Liberum” que pinté por encargo de la Cámara Nacional de Comercio, como en esta estatua, he imaginado al Artigas civil, vestido de paisano con aquel “chaquetón de paño con esclavina” de que nos habla el Coronel Antonio Díaz, al descubrirnos en una carta al Jefe de los orientales, en su campamento de Purificación, en el Hervidero.





Esta personificación de nuestro hombre en traje no militar, me parece tener un gran destino para el futuro, pues si fue grande en sus hechos de armas, si la audacia de su plan de ataque a las Misiones Orientales tiene un chispazo genial, fue sin duda más grande en su aspecto de conductor y Jefe Demócrata, de claro-vidente del futuro; visionario de esas amenazas que rondan hoy como espectros por los espacios de la Libertad humana, y que él previó, más como pensador que como soldado. Es el ciudadano central de nuestra Historia: que si la Historia es la columna vertebral de las patrias, Artigas es, para nosotros, la médula de esa columna, el tuétano de la razón de existir de nuestro Patrimonio Histórico Nacional, de nuestro Destino en el Escenario del Mundo.

Era este Artigas civil; éste que mis manos modelaron en la tierna arcilla y que el bronce al salir del crisol, tornó indestructible. Este que ahora erigimos aquí, incorporado al bullicio de la ciudad, mirando el porvenir de la gran urbe futura. De pie, en el mismo solar de tierra donde por extraña coincidencia se alzara el primitivo convento en el que aprendió a leer Artigas niño, traído quizás de la mano por algún viejo esclavo, en las asoleadas mañanas del siglo XVIII.

Frente al granítico intercolumnio desde donde se dirigen las riquezas brotadas de nuestro suelo y de nuestras energías: las que produce el gaucho, guardador de reses, o el labrador que traza el surco en el amanecer crepuscular preparando la siembra.

Las que nacen en las manos callosas del artesano urbano, dominador del hierro y la piedra; o de los cuidados de la obrera, vigilante, frente al organismo metálico de los telares.

De las que crea el genio de las transacciones humanas.

De las que nos traen de más allá del horizonte, los hombres de nuestra naciente marina; de las que vienen en las alas de acero piloteadas por manos uruguayas.

Es el Artigas ciudadano, el hijo del Cabildante, del buen vecino de la pequeña ciudad colonial emancipada.

Es el sembrador de los gérmenes primeros de la Democracia recién nacida.

¡Queda aquí: donde tenía que estar! ¡De pie, sobre el corazón de la Ciudad vieja, cuna y núcleo viviente de nuestros destinos!